

Letrillas



LOS RAROS

El cazador en Tapiola

por Bárbara Mingo Costales

¿Quién será aquí el raro: el cineasta finlandés Markku Lehmuskallio o el hombre al que filma en su película *Tapiola*?

Antes de averiguarlo, debemos saber que *Tapiola* es la morada de Tapio, uno de los dioses que aparecen en el *Kalevala*, la gran epopeya finlandesa. Tapio reina en los bosques. *Tapiola* es también el nombre que le dio Sibelius al último de sus poemas sinfónicos. Se lo encargó Walter Damrosch, que lo estrenó con la Orquesta Filarmónica de Nueva York en 1926, y aunque ese detalle no va a cambiar lo importante de este artículo, lo anoto porque me resulta la

manera más natural de celebrar la sincronidad de habérmelo encontrado por segunda vez en pocos días, en cruces distantes. Parece que *Tapiola* fue la última pieza de envidia que logró componer Sibelius, a quien todavía le quedaban treinta años de vida. Recuerdo una portada de la revista *Time* (¡“Time magazine”! Siempre me recuerda a Bob Dylan, por la tensa entrevista que aparece en *Don't look back*: “the truth is just a plain picture”) de 1937 que tuve a mano en cierta temporada de mi vida, fascinada y atemorizada por la expresión gravísima que tenía en esa foto Jean Sibelius. Por la época en que miraba esa imagen, que

por supuesto no era 1937 y ni siquiera era ya el siglo XX, me contaron lo de los treinta años de silencio del pobre Sibelius, y recuerdo cuánto me impresionó y también que pensé que esa incapacidad explicaba aquel gesto. El retrato es impresionante también: la cabeza sin un solo pelo ni en las cejas, con volumen de escultura primitiva; lo fruncidísimo del ceño; la homogénea seriedad.

Pero, bueno, íbamos a hablar de *Tapiola*, la película, y, a través de ella, de su director. Leo esta concisa nota que compendia su vida y obra: “Después de un incendio que destruye su casa, el antiguo guardabosques y fotógrafo se pone a rodar películas didácticas sobre el bosque.” Es decir, Markku Lehmuskallio se acerca a aquello que ha amenazado su vida. Suponemos que quiere comprenderlo. Pensándolo bien, no es extraordinario, pero lo contundentemente material de la imagen nos ayuda a comprender el impulso que mueve lo artístico.

Su primera película la rodó a los 35 años. *Tapiola* es un cortometraje del año siguiente, de 1974. Después, muchas de sus películas las rodó a medias con su mujer, Anastasia Lapsui, originaria del distrito siberiano de Yamalia-Nenets, y más tarde se incorporó al equipo su hijo Johannes. Algunas son ficciones, pero son películas con fuerte carga etnográfica.

“El hombre es el único ser que sabe que sus días están contados”, nos advierte una cartela al principio. El hombre al que acompañaremos no está en una ciudad, que son los lugares contruidos en torno a la conciencia

de la mortalidad y que están plagados de marcas del paso del tiempo, sino en un bosque nevado, donde las marcas del paso del tiempo son las huellas en la nieve que la misma nieve que cae no tardará en borrar. Aquí el hombre es otra criatura expuesta al invierno, aunque ya sabemos que no es exactamente como las demás criaturas.

Estamos en un bosque de abetos y abedules. Es precioso y sobrecogedor. Los troncos de los abedules, con sus cortezas rugosas, si se ruedan de cierta manera, pueden parecer tiras de celuloide tendidas para que se sequen. La cámara panea: un plano corrido de árboles nevados. Se oye el ulular del viento, graznidos de algunos animales. Más adelante los veremos: el urogallo que sale a saludar al sol. Detectamos una figura vertical algo especial: lo más parecido a un árbol si no fuera porque se está moviendo. La cámara sigue su camino como si no hubiese reparado en esa excepcionalidad. Es un humano que se distingue a los lejos, moviéndose entre dos árboles con aire dubitativo, del mismo color grisáceo de los troncos. Por fin la cámara se detiene, cuando ha enmarcado al hombre en el centro.

El hombre está manipulando algo; prepara una trampa y dice unas palabras con aire de oración. Lo son: los cazadores invocaban a Tapio antes de emprender la caza. Más adelante veremos al hombre preparar un fuego y tallar unas piezas de madera. Son tres toscas cucharas, aunque ¿para qué querría más de una este solitario cazador? Al verlo repasar cada mango cuidadosamente con la yema de un dedo, mientras musita unas palabras, comprendemos que son más que meras herramientas para llevarse el alimento a la boca: cada cubierto está asociado a uno de los animales que quiere cazar, y el cazador lo carga de propósito con sus palabras. Incluso en un espacio tan esencial como este bosque de troncos y nieve, el hombre vive en un mundo simbólico. Y eso es quizá lo más revelador de la película. Cómo

está de codificada la vida a pesar de la soledad, a pesar de la precariedad, a pesar de la sencillez extrema.

Al final de la película el tono cambia de golpe. La oración pagana parece transformarse en un sencillo sermón cristiano. Detrás de los árboles nace una luz dorada. También el paisaje acaba por cambiar, y el hombre está inmóvil y desnudo. Parece que se ha inaugurado un nuevo tiempo, que ya no gira, sino que transcurre.

Estos días acaban de colgar en las plataformas digitales un EP de 2008 que tiene algunas concomitancias con esta película. Es de Silvia Coral y los Arrecifes, y la primera canción se llama “De caza”. Hacía mucho que no la oía. Empieza así: “Hay una parte del bosque / donde van a disparar...” También tiene el misterio del bosque, aunque el cazador de *Tapiola* no dispara, y en su forma de ser cazador podemos reconocernos también a nosotros, en el curso del tiempo. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

TECNOLOGÍA

Esta vez es distinto

por **Ricardo Dudda**

En su célebre *Esta vez es distinto. Ocho siglos de necedad financiera*, Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff decían que la frase del título de su libro era una de las más perniciosas de la historia de la economía: todas las veces que se había producido una burbuja, quienes estaban dentro de ella (salvo algunos visionarios) defendían que no se trataba de una burbuja. ¿Estamos ahora en una burbuja con la IA? Está claro que sí. Como escribe el novelista y ensayista John Lanchester, “El patrón histórico suele ser que se

vislumbra en el horizonte una innovación grande y genuina. El dinero fluye para aprovecharla. Demasiado dinero. El flujo de capital es tan grande que resulta imposible asignarlo correctamente, y desaparecen las distinciones entre lo que es probable y lo que es imposible, lo que es prudente y lo que es imprudente, lo que podría suceder y lo que nunca podría suceder.”

Las cifras de la burbuja no tienen precedentes. De las cuatro compañías mundiales con una capitalización bursátil superior a un billón de dólares (*trillion* en inglés), solo una, la petrolera saudí Aramco, no es de IA. Nvidia, la empresa más valiosa del mundo y líder en *machine learning* e IA, está valorada en casi cinco billones. El PIB de España no llega a los dos billones de dólares. Las diez compañías más valiosas del mundo valen alrededor de 25,6 billones de dólares; de ellos, quince se han acumulado desde 2022 y tienen algo que ver con el auge de la inteligencia artificial.

Pero esta vez es distinto, en serio. Porque quienes están en la burbuja admiten que lo están. Nadie lo niega. Entonces, ¿por qué no la pinchan? Porque la burbuja de la IA no es solo una burbuja. No es solo FOMO y especulación irracional (aunque tenga mucho de ello: si antes hasta la panadería del barrio debía tener una app, ahora debe tener algo con la IA), no es solo un montón de empresas mandándose dinero unas a otras para inflar sus valoraciones (algunas de las empresas de IA más rentables no consiguen tener beneficios). Hay algo que está cambiando de verdad y eso es algo que no solo proclaman los gurúes en X o LinkedIn, que escriben (con IA, claro) largos ensayos en los que pronostican el fin de los trabajos de cuello blanco en dieciocho meses.

Hace un par de meses, cuando la compañía de IA Anthropic, célebre por su chatbot Claude y ahora también famosa por enfrentarse a la administración Trump (se negó a colaborar con la Secretaría de Guerra



en la creación de armas automatizadas y espionaje masivo), lanzó Claude Code y Claude Cowork, ni siquiera los más escépticos con la IA pudieron ocultar su estupor: en apenas unos meses, Claude había demostrado ser capaz de sustituir la mayoría de tareas de un programador. El riesgo también estaba en muchos trabajos modernos. Nunca he sabido usar bien Excel y ahora no lo necesitaré: la IA ya hará ese trabajo. El analista Dylan Patel describía este cambio en su blog *SemiAnalysis* de una manera abrupta: “Cualquier cosa que implique a un ser humano dando clics, recopilando información y reformateándola en otro medio (correo electrónico, gráfico, Excel, presentación) corre un peligro enorme. Los LLM [modelos extensos de lenguaje] prosperan exclusivamente en este tipo de intercambio de datos, cambiando sin esfuerzo el texto en audio, el inglés en chino y las palabras en imágenes.” Humanos dando clics. ¿No es eso lo que hacen la mayoría de trabajadores corporativos?

Y a veces esos clics no llevan a ninguna parte. Como no tengo un trabajo corporativo, me fascinan los trabajos

corporativos. Pregunto a amigos a qué se dedican, en qué emplean el tiempo, cuál es el producto final que surge de su trabajo. Muchos me confiesan estar frustrados. Envían emails que no lee nadie, tienen reuniones que podrían ser emails, hacen Power Points y presentaciones ante personas que no atienden. Entonces simulan que trabajan. Es lo que algunos llaman *the great pretending*, la gran simulación. Lo explicaba así un vicepresidente de una firma tecnológica en el Substack *Still wandering*, del analista y bloguero británico Alex McCann: “Dirijo un equipo de doce personas que crean documentos para otros equipos que crean documentos para altos directivos que no leen documentos. Gano 150.000 libras al año. Es completamente absurdo, pero lo aprovecho como puedo y mientras construyo algo real por mi cuenta.”

El trabajo contemporáneo se ha reducido a su esqueleto. Es *management* sin producción. La IA va a acelerar eso radicalmente. Si hace unos años todos íbamos a ser nuestro propio jefe (en la fantasía primigenia de la *gig economy*), ahora todos vamos a ser *mánagers*, y

daremos órdenes a muchos Claudes. Para el periodista Derek Thompson, autor junto con Ezra Klein del libro *Abundancia*, “La IA se convertirá en la pantalla de inicio [del ordenador] de un altísimo porcentaje de trabajadores de cuello blanco en los próximos dos años y se desplegarán agentes paralelos en el campo de batalla del trabajo intelectual a niveles francamente soviéticos.”

Tras el anuncio de Claude Code y Claude Cowork, muchos analistas comenzaron a hablar de un “momento pandemia”: Silicon Valley, escribían en X, parecía el mundo a finales de febrero de 2020. Algo estaba cambiando, pero no teníamos claro qué era. No es solo una cuestión laboral. A menudo se enmarcan los avances en la IA desde una perspectiva exclusivamente económica o de productividad. Pero el cambio es más profundo. Como escribe el analista Max Read, “¿Y si la IA se pareciera más a la ‘desindustrialización’ o a ‘internet’: un proceso indiscutiblemente transformador, que abarca varias décadas y cuyos efectos más evidentes y llamativos son sociales, políticos y cualitativos?” O existenciales.

Estamos en un momento nuclear. Si en la Guerra Fría había un miedo existencial hacia la energía atómica (que producía avances fantásticos y, a la vez, suponía una amenaza sin precedentes), hoy es la IA la que provoca una sensación similar de fascinación y miedo. Read dice que estamos ante un proceso como el desarrollo de internet, pero creo que este no nos hizo preguntarnos constantemente quiénes somos, cuál es nuestro papel en el mundo. Es fascinante escuchar a los directivos y analistas de Anthropic hablar con franqueza de sus descubrimientos, pero sobre todo de lo que todavía no saben: no saben qué es exactamente Claude, por qué actúa como actúa, si está ganando consciencia (o simulando tenerla). En una entrevista con el periodista del *New York Times* Ross Douthat, el CEO de

Anthropic, Dario Amodei, dijo: “No sabemos si los modelos son conscientes. Ni siquiera estamos seguros de saber qué significaría que un modelo fuera consciente o si un modelo puede ser consciente. Pero estamos abiertos a la idea de que podría serlo.”

La IA es una burbuja, sí, pero es también una tecnología de frontera: quizá muchos están metiendo dinero ahí porque quieren especular, pero también ese dinero se está usando para cambiar radicalmente el mundo (a veces para bien, a veces para mal).

La IA es una burbuja y un hongo atómico. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).



ARTÍCULOS

Rescate de Margarita Nelken

por **Carmen Andrés**

La Fundación Banco Santander publica una selección de los artículos de Margarita Nelken (Madrid, 1894-Ciudad de México, 1968), la escritora, periodista, traductora y crítica de arte española. Hija de padre alemán y madre francesa, comprometida con el feminismo y con el gobierno republicano, fue expulsada del Partido Comunista en 1942 y estuvo exiliada en México hasta su muerte. La selección para la colección Cuadernos de Obra Fundamental corre a cargo de la historiadora Alejandra Rodríguez Parragués. El

grueso de los artículos corresponde a una selección de entre los más de cien publicados por Nelken en *El Día* entre 1916 y 1918 en la sección “La vida y las mujeres”, a la que se añaden un puñado de artículos publicados en otros medios pocos años después, lo que permite ampliar el arco temporal hasta 1931. El volumen toma el nombre de la sección de Nelken, *La vida y las mujeres*, y contiene no solo los textos de Nelken, un prólogo de Rodríguez Parragués, bibliografía y nota sobre la edición, también incorpora un código QR que lleva a una entrevista con la historiadora y responsable de la edición del libro.

Los artículos de Nelken se presentan organizados en secciones: “Semblanzas” (de Concha Espina, Zenobia Camprubí, Margarita Xirgu, o de la escritora francesa Lucie Félix-Faure Goyau), “Conversaciones” (la condesa de Romanones la recibe con un “Interviú, no”; Josefina Blanco de

LA VIDA Y LAS MUJERES. ARTÍCULOS (1916-1931)

MARGARITA NELKEN

Edición de Alejandra Rodríguez Parragués
Madrid, Cuadernos de Obra Fundamental, 2025,
320 pp.

Valle-Inclán le dice que “la mujer de un escritor debe ser así, algo gris”, y cuando Nelken le pregunta por su Valle preferido, responde: “*Romance de lobos* y *La marquesa Rosalinda*”; María de Maeztu le expone sus ideas “acerca del devenir intelectual de la mujer española”, “Arte y literatura” (escribe aquí Nelken de Colette, Selma Lagerlöf, el ballet, *Casa de muñecas*, o de la visita de Madame Curie a Madrid), “Feminismo y sufragismo” (aquí Nelken reclama igualdad y derechos para las mujeres y explica por qué es contraria al voto femenino: “El sufragio sin que sepamos siquiera lo que hacemos al tener una papeleta de voto en la manos; el sufragio únicamente para sumar una

mayoría considerable a la ya terriblemente grande de los que votan como se les manda o se les paga, o únicamente por la vanidad de unas cuantas ‘que no quieren ser menos’... es cosa demasiado seria para tratarla con tales motivos”) y “La vida social”, donde habla de la relación de las mujeres con asuntos de lo más diverso, de la paz a la guerra pasando por exigir misma paga por igual esfuerzo en el trabajo o, de nuevo, ocuparse de la educación.

Explica Rodríguez Parragués que Nelken “entendió el feminismo desde la pedagogía social, que consideró el medio para que las mujeres tomaran conciencia de sí mismas, de sus derechos y sus deberes”. Sigue la historiadora: “Para sus artículos, Margarita Nelken buscó a mujeres que utilizaron su historia para la vida y para la acción, y las encontró en los libros, en las librerías, en los teatros, en las casas, en las fábricas, en los talleres, en los hospitales... Quiso escuchar sus voces, conversar con ellas, les ofreció la posibilidad de convertirse en autoras de su propia historia. Intentó que no perdieran su alma y aparecieran como sujetos. Se esforzó por captar la esencia del discurso. No se burló de sus comentarios ni los ridiculizó; antes bien, los dotó de legitimidad. Esto hizo que sus interlocutoras no sintieran violentada su intimidad, ni se avergonzaran de sus pensamientos, lo que permitió que perdieran poco a poco el miedo a hablar, a descubrirse, a expresar sus emociones más profundas.”

La vida y las mujeres es un viaje al pensamiento de una mujer de acción, Margarita Nelken, que desde su tribuna, fuera cual fuera, defendió férreamente su idea de la igualdad, que pasaba por la asunción de derechos condicionada a la asunción de deberes. Su dogmatismo no le impidió estar siempre con un ojo puesto en la calle, sin buscar únicamente mujeres excepcionales. ~

CARMEN ANDRÉS es filóloga.

HISTORIA

Espías sin embajada

por **Mercedes Cebrián**

El espionaje es una actividad con gran potencial literario y cinematográfico; prueba de ello es que no dejan de aparecer ficciones, crónicas, películas y series basadas en espías reales, especialmente relacionadas con la Guerra Fría y con la presencia activa de la KGB en ellas. Cuando parecía que ya lo sabíamos todo sobre este trabajo cuyos contratos parecen firmarse con tinta invisible, llega otro nuevo libro a arrojar algo más de luz sobre el apasionante asunto. El más reciente que se ha publicado en castellano es *Los ilegales*, del periodista británico Shaun Walker, corresponsal en Moscú durante años para *The Guardian* y buen conocedor de la política rusa contemporánea.

Al estilo de la serie *The Americans*, donde la impecable pareja formada por Elizabeth y Philip Jennings —vecinos modélicos WASP con dos hijos adolescentes y una vida convencional— resultan ser ciudadanos rusos entrenados para pasar por estadounidenses de pura cepa en plena era Reagan, *Los ilegales* reconstruye, a través de numerosas entrevistas e información obtenida en archivos, la historia de esa modalidad de espionaje practicada tanto por la Unión Soviética como por la Rusia actual: la de los agentes del Directorio S, aquellos que actúan sin cobertura diplomática, infiltrados durante años bajo identidades fabricadas tras un largo entrenamiento.

Si bien durante la Guerra Fría vivimos el apogeo de esta forma supuestamente anticuada de espionaje, Walker traza sus orígenes y los fecha al comienzo de la Revolución rusa, durante la lucha bolchevique contra

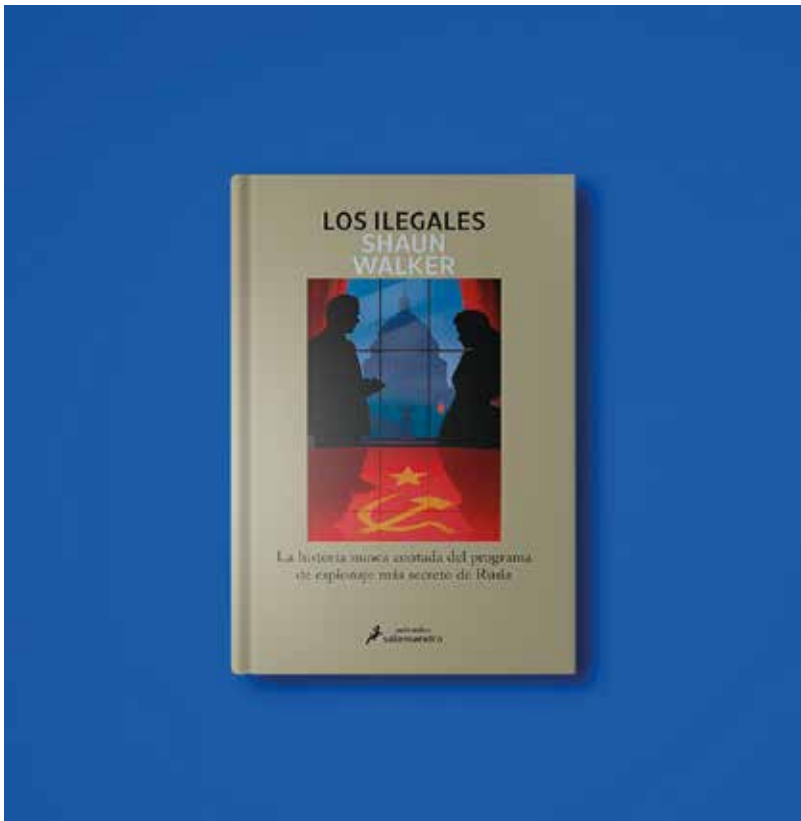
el régimen zarista. El desarrollo del ensayo es cronológico: continúa bajo el estalinismo para proseguir con la Guerra Fría y terminar en el siglo XXI, pues, si bien bajo el mandato de Gorbachov y tras la caída de la Unión Soviética el fin de los ilegales se veía próximo, Putin, que había trabajado para la KGB y el FSB (Servicio Federal de Seguridad), restableció esta categoría y la dotó de nuevo impulso en el marco de su política exterior más asertiva.

A lo largo de toda la obra, Walker va encadenando historias de personas reales como la del propio Lenin, quien, en su misión de esquivar a la Ojrana (la policía secreta zarista), fingió ser tanto el doctor Jacob Richter, un alemán instalado en Londres con su esposa, como el también alemán profesor Müller. De hecho, tal como afirma Walker, Lenin estaba convencido de que, para tener éxito, los bolcheviques debían combinar tareas “legales” e “ilegales”, aprovechando las concesiones que otorgaba el régimen. Otras estrellas del espionaje que aparecen aquí son Dimtri Bystrolyorov, apodado el Volador Veloz, y el más sorprendente de todos, cuya vida merece ser novelada: Iósif Grigulévich, apodado Felipe cuando intentó matar a Trotsky en México sin éxito, y más adelante metamorfoseado en el diplomático costarricense Teodoro Castro, cuya misión encargada por el mismísimo Stalin fue la de asesinar al mariscal Tito, también sin éxito. De este modo tan rocambolesco, Walker nos va guiando tanto a través de la historia de la Unión Soviética como a través de su manera de hacer política internacional, donde la infiltración a largo plazo pesaba tanto como la propaganda o la diplomacia formal.

La tercera parte del libro, la que el autor dedica al reclutamiento y la formación de los ilegales, es también cautivadora y mantiene al lector pegado a sus páginas, pues se da respuesta a muchas de las preguntas

Siempre hay algo que hacer

por **Mariano Gistaín**



SHAUN WALKER
LOS ILEGALES
 Traducción de Eduardo Hojman
 Barcelona, Salamandra, 2026, 464 pp.

que a menudo nos hacemos acerca de esta realidad tan secreta. Así, aprendemos que a los ilegales se les enseña a tolerar el alcohol para no emborracharse y acabar revelando secretos importantes, se les entrena para memorizar todos los detalles posibles de una situación y leer mensajes encriptados —algo clave para comunicarse con el Centro, el organismo que les encomienda las misiones—, buscando moldear un carácter que sea al mismo tiempo el de “un inconformista escurridizo y virtuoso, y un servidor leal y obediente del Estado soviético”. ¿No sería esa, de algún modo, una buena definición de Vladimir Putin? Su deseo de enmendar el agravio causado por el derrumbe soviético llevó al renacimiento de

los ilegales, realidad que se detalla en la última parte del libro. Si pensábamos que esta práctica estaba algo demodé y que hoy el espionaje se lleva a cabo más bien desde las embajadas, con la expulsión generalizada de diplomáticos rusos tras el comienzo de la guerra de Ucrania, los ilegales han vuelto a proliferar. El libro recuerda inevitablemente el llamado “programa de ilegales” desmantelado en Estados Unidos en 2010, cuando el FBI detuvo a varios agentes rusos que llevaban años integrados en la vida norteamericana.

“¿Cuántos siguen por ahí? ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlos?”, se pregunta Walker en las últimas líneas de su libro, y obtiene esta respuesta de un agente de inteligencia occidental: “Si te soy sincero: no lo sabemos.” ~

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2025 publicó *Estimada clientela. Una celebración del arte de ir de compras* (Siruela).

Los despidos superan a los informes que los anunciaban. Las IA se apañan solas. No hacen falta ni soldados. Los moñacos saltarines chinos, con un curso de diez minutos, ejercen la fontanería y otros oficios manuales que los informes de las consultoras, también ya desaparecidas, decían que iban a sobrevivir.

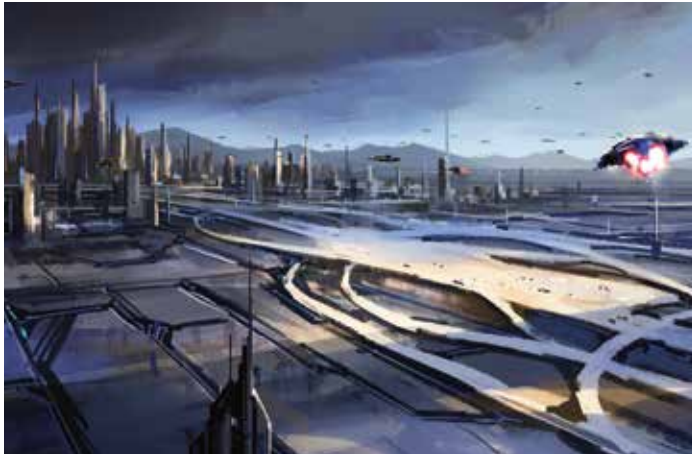
Todo ha ocurrido tan rápido, sí. Que te quedas en *shock*. Como cuando a Manuel Vilas le dijo su mujer que ya no estaba enamorada de él y él escribió la novela *Islandia*. Al menos Vilas hizo esa novela tan potente de amor y desamor y dinero y sindinero. Se dice *sintecho* pero no existe la palabra *sindinero*. Ya qué más da. Todo ha volado.

Estaba leyendo a Vilas cuando se derrumbó todo, lo poco que quedaba, que era menos de lo que creíamos creer. Ellas disimulaban tan bien como nosotros antes.

Ahora hay que poner el sueldo básico universal sin demora antes de que se incendie el maelstrom. Ni siquiera hay que pensarlo, estaba todo pensado, malpensado, definido por las consultoras, pero nadie quiso hacer caso, fatalismo y disimulo eran las consignas. Y no se aplicó ninguna. Y en estas estamos, de un día para otro, zas, catacrok, etc.

Somos un cómic afanzinado, un pasquín al viento, engrudo y sopa boba, todos esos libros que venían y esas actividades, ya muy lánguidas, se han olvidado antes del eclipse, porque además habrá un eclipse.

Y el derrumbe coincide con lo de los pisos y con la última, de momento, invasión benéfica. Las guerras ahora son benéficas, para echar una mano y que quede todo bien. Coincide el



anunciado y olvidado crack con la ruina y la guerra penúltima... que creíamos que eran estadísticas y gráficos, todo lo que se sabe de esto y lo otro... no era nada.

Justo unos días antes de que las IA se hicieran cargo de los sistemas y programas estaba leyendo el informe que detallaba cómo iba a suceder el reemplazo humanos-máquinas, y estaba acertando tanto —¡como que lo estaban publicando en tiempo real ellas mismas!— que daba miedo leerlo y ver las gráficas así que lo dejé estar y me puse a leer a Vilas que al menos hablaba de cosas humanas, ay qué nostalgia o melancolía, no sé ya.

Qué penas mezcladas. Ante dos desastres siempre elijo el menor para sobrellevar el otro.

Lo que no se entiende, ni siquiera yo que soy el presidente (al menos lo era hasta hace un rato), es cómo se puede compaginar la digestión del crack con las campañas militares y sus motines, algaradas y bombas caídas por error aquí cerca. Bueno, claro, no se puede. Las propias IA ya se apañarán, entre ellas se lo guisan y se lo zampan.

Y sin embargo hay una extraña calma horrible, pero al menos yo tengo la intuición (bueno, mis asesores, los que no han huído) de que todo va a mejorar. Solo hay que decretar la renta mínima universal,

sin excepciones (incluso yo la aceptaré a la fuerza de buen grado para dar ejemplo), porque ya me explican que las excepciones retrasan toda gestión. Las máquinas son muy listas en eso: en cuanto ven que les va a caer un marrón, colapsan y, como dicen ellas, ATPC, o sea.

El famoso Error ATPC agiliza los requisitos. Ya decían los pioneros de las IA hace unos meses que si no se eliminaban todas se nos iban a comer por los pies (sic), pero, claro, había que cancelarlas a todas a la vez, y era muy difícil pactar y verificar eso.

Además de que por lo visto era tarde, no se podía hacer. Ya hubo alguna empresa de IA antes del crack que se quiso salir porque perdía el control y le dijeron nuestros aliados enemigos que sus sistemas estaban demasiado integrados o incrustados en los mecanismos de la defensa, o sea ataque, y no se podían extirpar como el que saca una amígdala. Insistieron aunque suponía perder miles de millones en contratos, pero nanay *always*, eso les dijo la autoridad, que quizá, visto lo visto, ya era ella misma, la propia IA que más o menos se estaba apoderando del control tal como, por otra parte, era su misión desde el primer *zero day*.

Así que aquí estoy mano sobre mano con mis últimos asesores de la especie *sapiens* (con un poco, sí, de

neandertales y vete a saber), sin poder hacer nada más que mirar las pantallas donde todo nos llega con cuentabits. Qué pena de raza o lo que seamos, ¡y preocupados por el cambio climático!

Aún no hemos sabido qué pasó en los diversos apagones y accidentes que jalonan esta temporada de fin de ciclo y apaga y vámonos. Me salen muchos refranes porque creo que tal como preavisan ya estoy medio infiltrado o hackeado, qué espabiladas nos han salido, eso es un consuelo, esperemos que no nos conviertan en clips como en la profecía aquella.

Ni siquiera nos dejan darle al último botón, está todo en sus manitas invisibles. Al final ejerzo el quietismo de Miguel de Molinos, que acabó en la cárcel por hereje. Ah, pobrón. Allí se escribieron las grandes obras de esas edades ya desolvidadas. San Juan de la Cruz lo hizo.

Nos queda la tediosa espera, a ver si nos pasan el finiquito y deja de llover. Había pensado seguir con mis comisiones y chanchullos paralelos, pero están muy imbricados con la gestión normal, el día a día, tedioso sinvivir, y no hay manera. Mis lobistas y mis clientes han desertado. Hasta la familia amplia se ha ido.

Menos mal, siempre hay algún fleco que reclama decisiones humanas ya que las IA son tan sabias que detectan aquellos asuntos tan sensibles acerca de los cuales ellas no pueden calcular las consecuencias de un error... y me los dejan a mí. Bueno, son cuestiones ínfimas, pero me hace ilusión este poder residual. Cosas sobre fritangas y procesiones y corridas que las autorizo sin dudar... al menos que la gente se entretenga y puedo seguir leyendo a Vilas, a ver cómo acaba la cosa. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2024 publicó *Nadie y Nada* (Prames).